

La marea

La lucha del hombre la explotación del hombre por el hombre no caben en el poema —dice la policía

FERREIRA GULLAR

Discusión sobre identidad nacional, cultura y poder

¿De qué barco descendemos los argentinos?

Carnaval rioplatense:

La **R**evancha
de la **M**urga

Reseros, sogueros,
domadores:

Los **V**iejos
Oficios de
la **L**lanura



Una nación joven con una historia milenaria

Por Josefina Racedo

¿Crisol de razas? ¿Descendemos de los barcos? ¿Cómo se formaron los símbolos y las creencias que conforman la identidad nacional? Las características de “lo argentino” fueron amasadas por la clase social que logró unificar el país bajo su hegemonía, imponiendo valores copiados de Europa como si fueran “naturales” e innatos para todos. Pero en lucha y resistencia contra ese dominio oligárquico (que intentó aniquilar nacionalidades enteras e impuso una autoimagen desvalorizada de lo nativo, a la vez que inventó un “ser nacional” a su servicio) pugnan las identidades escondidas de criollos, indígenas y descendientes de inmigrantes. Por alguna causa, las primeras generaciones de hijos de italianos, japoneses o árabes muestran rasgos nítidos de una argentinidad que los distingue claramente de sus padres. En el seno mismo de la identidad forjada por el dominador, laten elementos decisivos que expresan la lucha contra el grupo hegemónico, conformándose así un proceso contradictorio en el que nacen y renacen todos los días rasgos viejos y nuevos de la verdadera identidad.



Las sombras de los argentinos

La cuestión de si existe o no una identidad nacional que caracterice el modo de ser argentino es un tema crucial, que suscita debates de todo tipo en el terreno político-cultural y para el cual nosotros proponemos la idea de *identidad en lucha*. La propuesta apunta a abrir un camino diferente tanto de quienes sacralizan al Estado como único y todopoderoso forjador de naciones e identidades, como quienes lo ignoran o se subordinan a la ideología y las creencias que efectivamente se imponen desde el control del aparato estatal y desde el conjunto de intereses hegemónicos en la sociedad. Las clases sociales dominantes instalan sus propios valores y buscan "naturalizarlos" como si fueran indiscutibles e inherentes a todos.

Se habla, por ejemplo, de los argentinos como producto de un "crisol de razas", con lo cual se quiere decir que somos una confusa mezcla de españoles, italianos y alguna otra porción de mundo. Semejante idea fue reforzada con aquella otra, difundida en chistes, canciones o sedudos estudios académicos, según la cual los argentinos "descendemos de los barcos". En definitiva, se nos niega identidad propia, o si se admite alguna se la caracteriza desde aspectos aislados, superficiales, vinculados a imágenes tales como el gaucho, el mate o el tango. Estos elementos son en sí mismos incapaces de conformar un complejo integrado que permita reconocer una verdadera identidad nacional en la cual se incluya a todos los argentinos con sus connotaciones psicológicas y sociales, individuales y colectivas. Se oscu-

rece así la noción de que en un largo y contradictorio proceso histórico se ha ido configurando una identidad nacional —estructurada en base a la unidad de lo diverso— con hegemonía de los elementos impuestos por las clases dominantes.

Fuertes elementos identitarios que superan las ricas y múltiples diferencias regionales y provinciales, permiten reconocernos y que nos reconozcan como argentinos. Lejos de generar un collage invertido, un híbrido, tales elementos se asimilaron en un sustrato nacional fuerte, al punto tal que la primera generación de hijos de árabes, japoneses, coreanos o italianos mostraron y muestran rasgos nítidos de una "argentinidad" que los distingue de sus padres. Elementos culturales y hasta gestuales suponen la presencia de una multiplicidad de aspectos y aportes configuradores de una identidad propia que hunde sus raíces mucho más allá de los casi doscientos años de existencia de la nación argentina. Así el "che", una de las expresiones del habla que identifica a los argentinos en el mundo, es una voz de origen mapuche para designar "gente". Podríamos encontrar muchos otros ejemplos que demuestran algo crucial: somos una joven Nación con una historia milenaria.

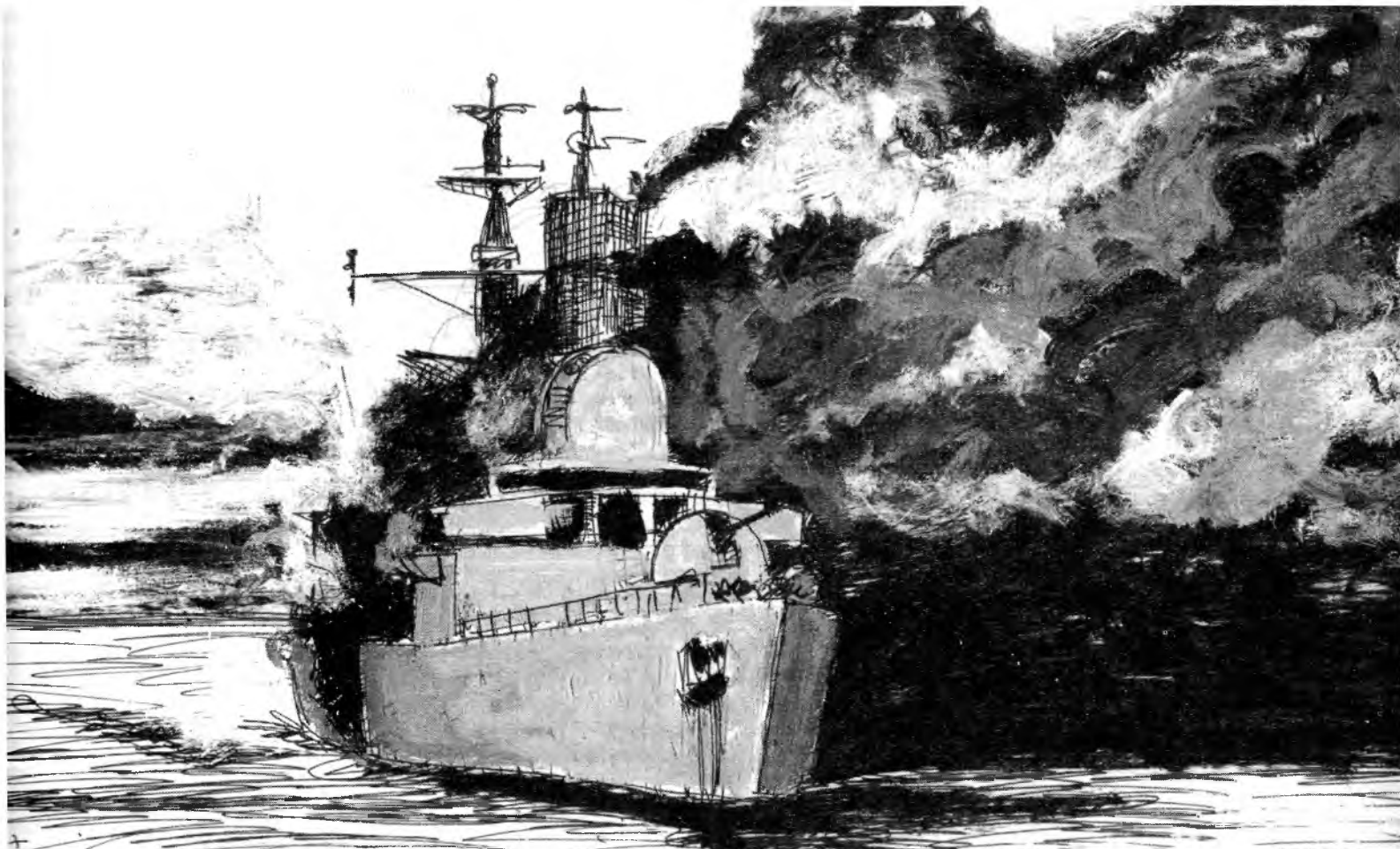
Esta identidad no es un sustrato metafísico, homogéneo, forjado de una vez para siempre, que se explicaría por un mítico y telúrico "ser nacional". Es, por el contrario, el resultado de un proceso de construcción continua, durante el cual diversos elementos contradictorios no sólo se unen sino que se mantienen en tensión y lucha. En este

proceso hay cambio y continuidad. Y se va conformando tanto en cada individuo como en lo colectivo una totalidad de elementos que le permiten, a la comunidad y a cada uno de sus miembros, identificarse a la vez que diferenciarse.

Se trata de la continuidad histórica de una comunidad relativamente estable, que a lo largo del tiempo gesta un complejo de cultura, de lengua, de psicología, que adquiere conciencia de sí y de los otros como diferentes y semejantes. Señala Ana Quiroga que al hablar de identidad están presentes dos sentidos, íntimamente articulados: *Uno nos habla de identidad —dice— en tanto encuentro, entrelazamiento, identificación en y con otros; es ese entrelazamiento el que da apoyatura a la identidad, entendida ya como integración y continuidad del "sí mismo", en una dialéctica de interdependencia y autonomía.*¹ Para acercarnos a la comprensión de esa complejidad que constituye nuestra identidad, tendremos que bucear en este conjunto de elementos objetivos y subjetivos, formado con ideas, sentimientos, prácticas materiales y simbólicas, costumbres, creencias y representaciones, y el proceso dialéctico en el que se incluyen y que les da sentido.

Una sociedad contradictoria

La identidad nacional refleja una sociedad contradictoria, en la que lo diverso se ha unificado, sí, pero unificado en un proceso signado por la hegemonía de una clase social concreta: la oligarquía terrateniente.



Eduardo Iglesias Brickles. *Sheffield after Exocet*. 4/5/1982. Pintura 1997



Constituido con todos los afluentes étnicos y culturales de la nacionalidad, el proletario argentino ha podido integrarlos. Su contundente protagonismo en la historia de este siglo, sus formas originales de organización y de lucha, han dejado una impronta decisiva en la conformación de nuestra identidad. (Foto: obreros de la empresa Ford reclaman en el centro de Buenos Aires, meses antes de la toma de la planta automotriz en 1995.)

Los señores de la tierra lograron unir a la nación tras años de guerras civiles. Y lo hicieron, por mencionar un solo ejemplo, expurgando la versión original del Himno Nacional de todos los elementos que nos permitieran reconocernos como latinoamericanos, en el origen común indígena. No fue por ínfulas literarias que en 1900, Julio A. Roca, uno de los principales fundadores del Estado oligárquico, suprimió, entre otras, la parte del Himno que comienza: "*se conmueven del inca las tumbas/ y en sus huesos revive el ardor/ lo que ve renovando a sus hijos/ de la Patria el antiguo esplendor ...*". También eliminó el orgullo insolente de la "nueva y gloriosa nación" con sus sienas coronadas de laureles. Y el "ibérico, altivo león" rendido ante un nuevo país cuyo "antiguo esplendor" arrancaba de los incas, no sólo fue eliminado de la letra de la canción nacional sino que, en los hechos, el viejo imperio colonial se transfiguró en una angelical y comprensiva "madre patria".

No debemos olvidar —y esto impregna nuestra identidad— que la cohesión apuntalada con éstos y otros múltiples elementos ideológicos, pudo lograrse a través de la coerción y el genocidio de nacionalidades que quedaron subordinadas y oprimidas bajo la hegemonía de las clases dominantes. Estas gestaron una identidad dependiente, como el país. Pese a ello, en el seno de esa identidad se han mantenido en lucha otros elementos que, aunque subordinados, emergen en forma permanente y que son, a nuestro entender, la

base para amasar una nueva identidad.

Por eso, preguntarnos qué y quiénes somos los argentinos es no sólo registrar lo que domina en nuestra propia autoimagen —modelada socialmente desde lo hegemónico— sino bucear, rastrear en lo oculto, enmudecido, reprimido durante siglos.

La lucha que nos permitió romper el yugo colonial fue hegemonizada por la oligarquía terrateniente de la pampa húmeda y los grandes comerciantes del puerto de la ciudad de Buenos Aires. La oligarquía logró imponer su proyecto de país con centro en el puerto bonaerense, frente a otros proyectos en pugna liderados por distintos sectores de terratenientes y caudillos del interior.

Subordinados a los sectores dominantes, los caudillos tuvieron, sin embargo, contradicciones con ellos. Tales contradicciones se expresarían no sólo en el terreno económico y político, sino también en elementos ideológicos que aparecieron en pugna con los dominantes. Es bueno reconocerlos para no confundir el nacionalismo oligárquico de los terratenientes —quienes en el norte y otras zonas del país lucen sus galas gauchescas en los desfiles de las fechas patrias, mientras tratan a los peones de sus estancias peor que a los animales— con los elementos nacionales de contenido popular que estuvieron en resistencia y lucha en la formación de nuestra identidad.

La identidad nacional gestada bajo la hegemonía de los latifundistas ganaderos de la pampa húmeda fue impuesta a través de la represión, la coerción y también —como ocurrió con la población negra e indígena— el genocidio. La masacre republicana, por así llamarla, fue continuidad de la iniciada en territorio americano con la conquista española de 1492. La conquista no fue, como muchos pretenden, un descubrimiento que habría permitido un idílico "encuentro" de dos culturas. Para sostenerse e imponer sus propósitos, el conquistador trató de liquidar todo vestigio de la cultura y de la historia anterior. Implantó una historia escrita que se planteaba como continuidad de la española y europea. Salvo excepciones, no se permitió conservar, conocer o continuar la riqueza cultural de los pueblos indígenas. Más aun, hacerlo era peligroso, se corría peligro de muerte: hablar lengua propia era peligroso (en territorio argentino, los españoles impusieron primero el quechua y luego el español),² lo mismo que practicar la religión, mantener costumbres, cultivar granos o criar animales propios. Todo aquello que confería identidad ajena al conquistador fue destruido o prohibido.

¿Qué pasó con la identidad de los vencidos? ¿Desapareció? Como consecuencia de su derrota en 1669, los quilmes, indómitos habitantes de los Valles Calchaquies, fueron trasladados a más de mil kilómetros de distancia. ¿Es pensable que de ellos sólo nos quede el nombre de una cerveza elaborada en la localidad bonaerense a la que dieron el nombre? ¿Y qué ocurrió con la identidad de los indios pampas, tehuelches y mapuches (estos últimos eran los araucanos del otro lado de la cordillera), famosos por su valentía y arrogancia, considerados irreductibles por los españoles y sometidos recién en 1879 con los remington de Roca, ese tucumano servidor de la oligarquía porteña? ¿La fuerte identidad nacional de esos pueblos, quedó sólo refugiada en las pequeñas comunidades aborígenes, significativamente llamadas desde el poder "reducciones"? Pensamos que no. Las nacionalidades que habitaron en lo que es hoy el territorio argentino, la mayoría de las cuales reclaman cada vez con más fuerza sus derechos nacionales, han aportado con múltiples elementos a nuestra identidad. Elementos subordinados, reprimidos, en lucha con los dominantes, pero que son parte indisoluble de nuestra idiosincracia de argentinos. (Francisco Ramos Mejía dice que "ya éramos ar-

gentinos aun bajo el imperio de los monarcas españoles”, refiriéndose sólo a los españoles argentinizados en las tierras del Plata, sin advertir, como bien señala Liborio Justo, que tal cosa sólo fue posible por el fuerte aporte de los indígenas).³

La desvalorización de lo propio

Los terratenientes bonaerenses, bajo cuya hegemonía se organizó el país, afianzaron el control económico, político y cultural basándose, por un lado, en la “herencia” dejada por la colonia española y, por el otro, ligándose servilmente a distintas potencias imperialistas. Esta característica impregnó nuestra identidad con ideas y sentimientos de desvalorización de lo propio y enaltecimiento de lo de afuera (más precisamente de los dominadores de afuera). Fue de ese modo que asumió ese carácter de identidad dependiente que señalamos, enfrentado y en lucha con otros rasgos identitarios de orgullo y altivez que lograron sobrevivir a la descalificación sistemática. La oligarquía terrateniente necesitó que lo “nuestro” siguiera caracterizándose como salvaje, bárbaro, ignorante, atrasado, sin historia ni cultura. Tales atributos fueron sucesiva o simultáneamente adjudicados al indio, al gaucho, al negro, al gringo inmigrante. Hoy caen sobre las espaldas de los “cabecitas negras”, o simplemente “negritos”, que robustos patovicas impiden ingresar a las discos, donde son evaluados con las mismas pautas discriminatorias que en América rigen desde fines del siglo XV.⁴ A la vez, lo de afuera fue unguado con valores positivos: blanco, bello, poderoso, sabio, inteligente. Allí era donde debíamos mirarnos, pero a sabiendas de que nunca esa meta podría ser alcanzada. Sólo la élite dominante podía pretender asemejarse al modelo externo: así se puso en escena el grotesco mimético de esta oligarquía que llegó a trasladar arquitectos y paisajistas junto con todos los materiales de construcción para hacer copias de palacetes franceses o ingleses en

plena pampa. Decimos “pretender” porque para sus congéneres europeos los señores del lejano sur nunca dejaron de ser semibárbaros perfumados con el olor a bosta de sus vacas.

El Estado oligárquico fue el instrumento de dominio y hegemonía de los terratenientes y las potencias imperiales. Usaron la fuerza y el terror. El gaucho —típico hijo de estas tierras, nacido de la unión de españoles con indias o negras— fue condenado a vagabundear por el latifundio que le impedía acceder a la tierra. Cuando se acabó el ganado cimarrón, fue perseguido y obligado a servir en la estancia o el fortín. Para disciplinarlo, las mismas clases que en épocas posteriores lo elevarían a “símbolo de la nacionalidad” no escatimaron cepto ni torturas. Y cuando ya lo creyeron domado lo transformaron en el mítico “señor de las pampas” con el que hoy no puede identificarse ningún peón rural (heredero del gaucho desheredado de estas tierras) que recorre las estancias buscando conchabo. Mucho menos nuestros jóvenes, que reciben permanentemente mensajes contradictorios que a un mismo tiempo desvalorizan e idealizan al criollo.

Para castigo y consumo de los trabajadores de la caña de azúcar, los dueños de ingenios tucumanos esgrimieron el látigo de los capataces y “ofrecieron” durante décadas la leyenda de El Familiar: ese negro, gigantesco perro que arrastraba cadenas, vivía en las “zabaleras” de los ingenios y hacía desaparecer a los obreros rebeldes. Ese método feroz de imponer el terror y la desaparición de personas se materializó luego a escala gigantesca durante la dictadura militar que sugestivamente en Tucumán usó —en Santa Lucía, por ejemplo— los mismos sótanos en los que vivía el Familiar.

Los trabajadores urdieron varias “contra-leyendas” en las cuales se narraba de qué manera un tucumano o santiagueño valiente lograba hundir un puñal de plata en el corazón del gigantesco perro. Cuánto de revancha hay en el fervor con que los sectores más oprimidos esgrimen el nombre del “Perro” Santillán sabiendo que

despierta miedo entre los patrones (no sólo en el Norte: en otras provincias, como Córdoba, en medio de una lucha se amenaza que “va a venir el Perro” y la propia lucha parece potenciarse).

Las clases dominantes no sólo usaron y usan la represión y el terror para imponer su identidad. También emplean otros instrumentos que facilitan la aceptación de sus valores por el conjunto de la sociedad. Desde luego, la religión y la educación sistemática según ciertos patrones cumplieron en este terreno un papel fundamental. El papel de esta última como configuradora de aspectos identitarios de los argentinos merece una reflexión particular que excede las posibilidades de este trabajo. Los contenidos de la enseñanza seleccionados hace ya más de cien años por quienes organizaron la nación argentina y los cambios que actualmente propone la llamada “transformación” educativa sirven al mismo objetivo de sostener la identidad dependiente, contenidos ahora actualizados para adecuarlos a la llamada “globalización”.

Hemos incorporado a través de las aulas versiones acomodadas de los hechos históricos. Sirvieron para que despreciemos al “indio salvaje que llegaba en malones a llevarse a las blancas cautivas”. Y para que desde las ciudades miremos con conmiseración la vida campesina, visión que a la vez carece de todo sentido para los protagonistas de la vida rural. Lo mismo podríamos decir de la imagen de la mujer o del negro, que se nos incorporó junto con las primeras letras. Pero esa imagen que aprendimos en la escuela modeló y modela nuestra propia autoimagen, la que las clases dominantes quieren forjar (este papel se refuerza enormemente en la actualidad a través de los medios de comunicación de masas).

Pero también la escuela es escenario de tensiones y lucha de clases que se despliegan en toda la sociedad. Volvemos a la cuestión de que junto a la identidad dominante —que nos convence de nuestra minusvalía e incapacidad— existen en resistencia y lucha aquellos elementos que nos afirman



Campaña al “desierto”. Campaña de sometimiento y exterminio del indio. Julio A. Roca y El Estado Mayor en 1879.

La identidad nacional –y más aun en un país dependiente como el nuestro– no es un espacio homogéneo, sino que también es el terreno en el que se ha librado y se sigue librando la lucha entre las distintas clases que componen la Nación.

en lo que valemos como individuos, como pueblo y como nación.

La identidad sumergida

La identidad es un proceso mucho más complejo que el que se gesta desde arriba, como sostienen aquellos que en la identidad nacional sólo reconocen los signos del dominador.⁵ Se trata de una construcción compleja y contradictoria que reconoce como esencial la aceptación como propios de los valores del dominador, pero al mismo tiempo y en lucha con éstos viven esas hilachitas de la identidad sometida de indígenas, criollos e inmigrantes. La identidad nacional –y más aun en un país dependiente como el nuestro– no es un espacio homogéneo, sino que también es el terreno en el que se ha librado y se sigue librando la lucha entre las distintas clases que componen la Nación. Sin dejar de apreciar lo que en ella domina, sólo teniendo en cuenta los aspectos de resistencia y lucha podremos “deconstruir” los aspectos negativos de la identidad impuesta y afianzar aquellos elementos que permitan edificar una identidad independiente, orgullosa de lo propio, apoyada en aquellas características identificatorias de lo argentino escondidas o devaluadas por los valores dominantes.

Esa identidad sumergida, guardada celosamente en la memoria social e histórica, emerge con fuerza cada vez que condiciones concretas lo permiten. Con motivo

de la recuperación de las Islas Malvinas, brotaron fuertes sentimientos de orgullo patriótico y de valorización de lo propio, que dado el carácter antiimperialista que alcanzaron, en los hechos amenazaron con romper el chaleco de fuerza entonces imperante con la dictadura. El régimen dictatorial pudo haber sido desbordado si esa enorme energía popular –en cuya base estaban, precisamente, los elementos identitarios oprimidos– no hubiera sido desviada luego de la derrota (usando de determinada manera la derrota, diríamos) hacia otros cauces políticos.

Se trata de la misma identidad que recordamos “arruinando” tantas reuniones sociales convocadas por los patrones en las que un peón u obrero con algunas copas encima armaba un zafarrancho con un “Viva Perón, carajo”, que era un verdadero grito de guerra. Allí terminaba la confraternización y el paternalismo cedía paso a un profundo desprecio hacia “estos negros de mierda que nunca agradecen”. Es que corrientes políticas como el peronismo, si bien débiles (la burguesía nacional sólo pudo acceder fugazmente a resortes de gobierno y poder y lo hizo, además, con todas sus limitaciones a cuestas), revalorizaron elementos importantes de la identidad oprimida, elementos de ruptura con la identidad dependiente forjada por la oligarquía.

Son también esos aspectos oprimidos de la identidad los que se expresan en las coplas de las cantoras y cantores que venciendo todo tipo de dificultades llegan todos los años hasta el encuentro de copleros que se realiza en Purmamarca en enero, y que expresan su resistencia a desaparecer: *Yo soy Patrocinia Chaile/ nombre que no se hai perder/ y aunque lo tiren al rio/ sobre la espuma hai volver*. Esta memoria social e histórica, que sostiene aspectos de resistencia a la identidad dominante, aflora también en las luchas populares en defensa de las fuentes de trabajo (que en muchas poblaciones como en Cutral Co, en Neuquén, o La Esperanza, en Jujuy, son a la vez fuente de vida). ¿Cómo supieron los jóvenes y no tan jóvenes que en Tucumán cualquier manifestación que se precie tiene que terminar a los naranjazos contra la policía y la Casa de Gobierno? Con seguridad no se los enseñó el genocida Bussi, a quien muchos de los manifestantes habían votado hacia pocos meses. En un interesante trabajo, Alejandro Islas y Julie Taylor⁶ sostienen la tesis, a mi entender equivocada, de que como producto del terror dictatorial los tucumanos habrían cambiado una identidad que los caracterizaba como luchadores y rebeldes por otra sometida y resignada; desde allí se explicaría, según estos autores, el voto de la mitad de los tucumanos a Bussi. Los hechos a que me refiero y muchos otros demuestran que en la identidad y la conducta, no sólo de los tucumanos, hay aspectos contradictorios y que el predominio de unos u otros obedece a causas y circunstancias complejas.

Gauchos contra indios, criollos contra inmigrantes

La estrategia de dominación empleó intensamente el método de enfrentar entre sí a los distintos sectores populares que fueron conformando el país actual: negros contra indios, gauchos contra indios, criollos contra gringos e inmigrantes (podríamos seguir hasta hoy: se nos quiere enfrentar a los argentinos con los bolivianos, paraguayos, chilenos o uruguayos, que serían los responsables de los cuatro millones de desocupados).

Esta división se apoyó, y se apoya, en elementos constitutivos de la identidad dominante, no sólo implantados en nosotros sino en los que llegaron y llegan a nuestra tierra. Distintos contingentes inmigratorios trajeron rasgos distintivos muy diferentes. Muchos de ellos se incorporaron a nuestra identidad, algunos como parte de lo dominante y otros como caudal de lo popular dominado y reprimido. En



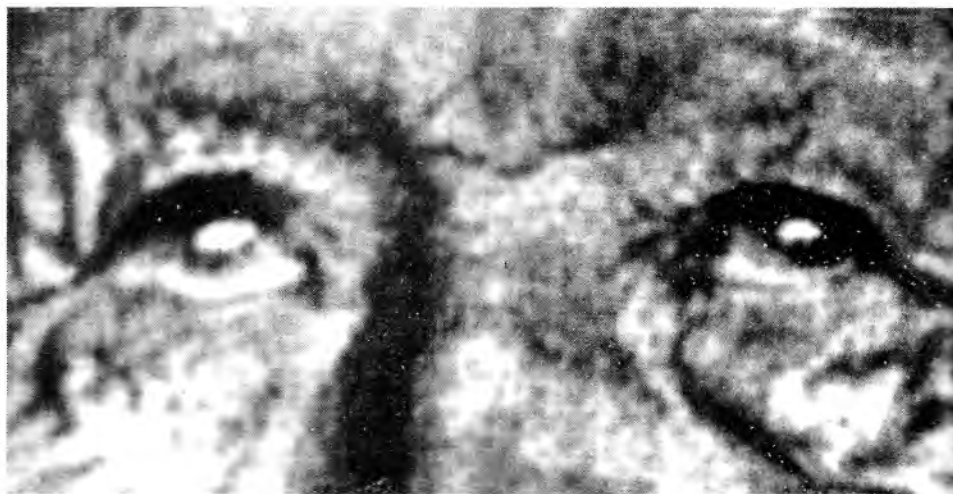
Coplas, cantoras y cantores se reúnen año a año en Purmamarca, Jujuy. Expresando su resistencia a desaparecer

el siglo pasado, el preámbulo de la Constitución se dirigió a “todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”. Llegaron miles de campesinos pobres sin tierra, con escasa educación y carentes de derechos civiles, ilusionados con encontrar aquí lo que la vieja Europa les negaba; fundamentalmente querían lo que más amaban y necesitaban: la tierra. Sólo rara vez pudieron alcanzar esa ilusión (no es posible entender la fuerza del Movimiento de Mujeres Agrarias en Lucha sin la comprensión de lo que significó, como ideal sólo alcanzado por muy pocos, la posesión de un pedazo de tierra). Todos llegaron con fuertes identidades forjadas en cientos de años por los modelos hegemónicos de sus países natales. Identidad con contradicciones que los diseñadores del país agrícola ganadero en que se convirtió la Argentina supieron utilizar en provecho propio. Estimularon los aspectos dominadores, diríamos, de esa identidad para reforzar los prejuicios contra el gaucho o simplemente el criollo transformado en “peón vago y sucio”, contrapuesto al “gringo trabajador, progresista y sacrificado”. Pero también se incorporó a la bravura de los criollos la experiencia de lucha y organización de los que llegaron a nuestro país. El Grito de Alcorta, la Patagonia Rebelde, la Semana Trágica fueron identificando al pueblo argentino; sus enemigos ayudaban a unir a los sectores populares al reprimirlos por igual, sin que se borrarán por esto las diferencias de origen y experiencias. Y como ya dijimos, sus hijos comenzaron a tener los rasgos característicos de los argentinos. Vale la pena insistir: en esa identidad —construida socialmente en resistencia y lucha— coexisten elementos forjados por el dominador y que hemos incorporado como propios con otros que expresan la lucha contra ellos.

El debate acerca de quiénes somos los argentinos pasó a un primer plano en el período previo a cumplirse los quinientos años de la conquista de América. Hoy esta discusión se replantea, agudizada, cuando desde el poder, en medio de la proclamada “globalización”, se legisla sobre la desaparición de las naciones (o su pronta extinción). Está suficientemente esclarecido el carácter ideológico de este planteo, ya que en función de intereses imperiales plantean el carácter anacrónico de las economías, culturas e identidades nacionales, menos de la suya. Se pretende suplantar las identidades nacionales, supuestamente “en crisis”, por otras identidades raciales, sexuales, deportivas, tribales. O sea, se busca acentuar la fragmentación social y nacional para imponer los intereses externos. Los medios de comunicación de masas —éstos sí verdaderamente “globalizados” por satélites y multimedios absolutamente centralizados— contribuyen en forma alarmante a este verdadero vaciamiento al que son sometidas nuestras culturas y nuestra identidad.

Corresponde a quienes trabajamos en el campo de la cultura un papel activo, protagónico, que no se limite solamente a la crítica de la cultura y la identidad hegemónica.⁷ Esta crítica, por justa que sea, resulta estéril si no va unida a una práctica concreta que aporte a la construcción de la identidad fuerte, aguerrida, en lucha con los opresores de adentro y de afuera. Planteamos al principio de estos apuntes la complejidad del tema. Las propuestas y enfoques que hemos expuesto mantienen abierto el desafío de ahondar en otros aspectos y puntos de partida. La multiplicidad de causas y variables que intervienen en la construcción social de la identidad —tanto la de cada uno como la que nos sostiene como pueblo— requiere también del trabajo conjunto entre disciplinas que elaboren sus hipótesis a partir de nuestra realidad y desde nuestras condiciones concretas de existencia. No es tarea fácil cuando las ideas y conceptos dominantes en las ciencias sociales aún contienen la ideología del dominador, puesto que fueron gestadas desde quienes ejercen la opresión. Como siempre, el desafío está planteado ante quienes nos sentimos compro-

metidos con nuestra historia y nuestras necesidades aún no resueltas y pretendemos liberarnos de los modelos hegemónicos mediante una posición y acción claras, ofreciendo, además, el campo de debate e investigación a los jóvenes. ■

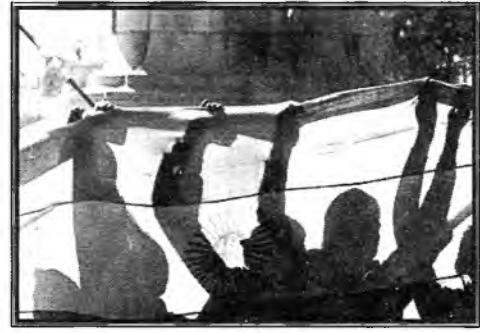


Indio Tehueche. La voz “che” es de origen mapuche

Notas

1. Ana Quiroga. Presentación del libro *Alfabetos sociales de la identidad*, de J. Racedo, I. Requejo y M. S. Taboada. Editado por CERPACU. Tucumán, 1994.
2. Al respecto ver: M. I. Requejo, “Sistema de legitimación de la conquista española” en *Alfabetos sociales de la identidad*. Pág. 72 y siguientes. Requejo cita la afirmación de Nebrija hecha en 1492 según la cual “la lengua siempre fue compañera del imperio” y agrega: “Efectivamente, en América, la lengua fue instrumento esencial de la conquista territorial y espiritual”.
3. Liborio Justo. *Pampas y lanzas*. Editorial Palestra. Buenos Aires, pág. 38.
4. Ricardo Cámara. “La globalización color de rosa y el morocho subrepticio”, en LA MAREA, N° 7, 1996, págs. 24 a 33.
5. Corrientes historiográficas, predominantes hoy, han atribuido la identidad nacional a la exclusiva imposición de las élites oligárquicas. Según estas corrientes, que asumen como punto de partida el mundo de las ideas y desde allí abordan la realidad, habría sido el Estado de 1880 el que “construyó” la sociedad, y por ende la nación, y no al revés. Esta visión unilateral niega las prácticas y representaciones de las clases oprimidas, que en su desarrollo sientan las bases de una cultura popular argentina. Se desemboca así en planteos apologeticos del supuesto carácter modernizante, nacional, de la oligarquía argentina o en postulaciones críticas que niegan todo carácter nacional a los elementos populares, descalificando sus reivindicaciones nacionales.
6. Alejandro Islas y Julie Taylor. “Transformaciones y fragmentación de identidades bajo el terror en el Noroeste argentino”. Trabajo presentado en el VI Seminario de Identidad en los Andes, Jujuy, 1995.
7. Un ejemplo de la posición que postula para los intelectuales un mero papel de “críticos” es sostenida por Beatriz Sarlo. En *Escenas de la vida posmoderna*, Editorial Ariel, Buenos Aires, 1995, refiriéndose a los intelectuales de la década del '70, dice: “Pensaron que estaban a la vanguardia de la sociedad: que eran la voz de los que no tenían voz” (pág. 173). Según Sarlo, para superar este “error” deben recuperar la verdadera identidad de intelectuales asumiendo su rol de críticos. Sin embargo, concluye su libro asegurando que: “el pensamiento crítico no es una solución a este nudo. Es solamente una perspectiva: la puerta todavía no se ha cerrado” (subrayado de J.R.). Como se ve, no logra desprenderse del profundo escepticismo que trasunta su enfoque.

Josefina Racedo es psicóloga y psicóloga social, directora del CERPACU (Centro de Revalorización y Rescate del Patrimonio Cultural) de la Universidad Nacional de Tucumán. Titular de la Cátedra de Psicología en la Universidad Nacional de Tucumán y en la Universidad Nacional de Jujuy.



Las sombras de los argentinos

Por Jorge H. Carrizo

Identidad e historia en los tiempos de la “globalización”

La dialéctica cultura hegemónica/cultura contra-hegemónica puede ser uno de los puntos de partida para abordar el complejo tema de la identidad argentina. La constitución del Estado de 1880 abrió el campo para la cristalización de un concepto de identidad nacional fuertemente excluyente y del que no siempre da cuenta la polarización “liberalismo-nacionalismo”. La legitimación de la república oligárquica requirió un mensaje que reorganizara el pasado, borrando los rastros urticantes de la historia. La crisis de la Argentina del Centenario abrió paso a nuevos procesos económicos y políticos (el peronismo fue, en este sentido, paradigmático) indeseables para la oligarquía. Las migraciones internas promovieron la interrelación permanente entre los “cabecitas” de origen indígena o hispano-indígena con los “guarangos” de las sucesivas oleadas inmigratorias. Puede hablarse así de la heterogeneidad y movilidad de una cultura en la Argentina, la conciencia de cuya existencia crece a la vez que es constantemente obturada por la imposición de un modelo homogeneizador reciclado en los estereotipos y prejuicios, cuya función consiste en racionalizar la imagen de los sectores dominantes acerca de lo que ellos suponen es el “carácter nacional”.

A través de su pretensión de disolver los conceptos de imperialismo, centro-periferia, dependencia, la moda “globalizadora” actualmente en curso procura desacreditar la postulación, implícita o explícita, de la viabilidad de cualquier acción concebida en términos de la defensa de intereses “nacionales”. Supone el derrumbe de las fronteras actualmente vigentes entre los países, para reemplazarlas —paradójicamente— por otras, basadas no ya en el equilibrio temporal de fuerzas o en la relativa homogeneización legalizados hasta hoy en el marco de los Estados-nación, sino en una mayor segmentación, edificada sobre la base de criterios étnicos, de raza, género, religiosos, etc., erigiendo como opuesta a la “globalización” la tendencia a la “tribalización”.¹

Soslayada de tal modo la cuestión central del imperialismo y la dependencia, la

discusión de la identidad y las identidades —reabierto principalmente por ciertas variantes de la sociología liberal— vigente en los países centrales para justificar, en realidad, el mantenimiento de relaciones sociales desiguales a través de la legitimación de las diferencias étnicas, religiosas, etc. (como acontece con la ideología del multiculturalismo en los Estados Unidos)—, pretende ser empleada nuevamente en los países periféricos no como un reconocimiento verdadero de su diversidad, sino como un elemento de distorsión y

entre centro y periferia, y como elemento activo operador en la dialéctica cultura hegemónica/cultura contrahegemónica.³

Ninguno de esos elementos constituye un sujeto autónomo, ni referentes causales históricos, como los presenta la sociología liberal. Por el contrario, deben ser entendidos como procesos que evolucionan en la dimensión temporal de una sociedad, en la cual se recrean sus estilos y se formulan las identidades colectivas. Es esa dimensión ténporo-social la que otorga a éstas los contenidos que se viven co-

gente.

La evolución del ser histórico de una sociedad —expresada, como síntesis, en ese “estilo” étnico o nacional— no puede ser disociada de la realidad objetiva de las contradicciones sociales ni de los conflictos de clase, siendo por consiguiente vivido y expresado por las diferentes clases y sectores sociales de manera diferente.⁵

Lo que experimentan los sujetos de carne y hueso de los sectores oprimidos en los países dependientes son realidades



Cacique Valentín Sayhueque, capitanejos y acompañantes. Chinchinales, Rio Negro, 1879.

devaluación de las identidades colectivas de sus pueblos.

No es ocioso recordar que los conceptos de “tribu” y “raza” como categoría social aparecieron con el colonialismo, sirvieron eficazmente para administrar el control y fueron dos de las representaciones a través de las cuales las potencias coloniales reconstruyeron la realidad de las sociedades que dominaron, enmascarando tanto el pasado colonial y la configuración que éste dio a las relaciones sociales como la actual situación de desigualdad.²

Su consideración como entes aislados hizo perder de vista el carácter dependiente que juegan la etnicidad, la religión, etc., dentro de las formaciones sociales de los países periféricos, como fenómeno histórico, subordinado a las contradicciones de clase nacionales y a las existentes

tidianamente y les confiere eventualmente legitimidad, en la medida que en esa práctica se desarrollan —valiéndose de tradiciones, formas de pensamiento y de acción— las formulaciones sobre lo que esa comunidad es o debe ser, adscriptas a su estilo específico.⁴

Esos “modos de ser” étnicos o nacionales que se desarrollan en la larga duración temporal, se expresan en la vida cotidiana a través de las diferentes maneras en las que los diversos sectores sociales comparten y usan formas y códigos de comunicación, elementos culturales, modos de reproducción y consumo social, un pasado y, eventualmente, un territorio. Y convergen, a través del interjuego de representaciones, en la legitimación de la comunidad, en la cual se establece la diferencia entre lo constante y lo contin-

concretas como el desempleo, el despojo de tierras, el endeudamiento rural, la “flexibilización” laboral en aras del incremento de la productividad y múltiples formas concretas de discriminación y violencia hacia su ser colectivo y de distorsión, despojo o negación de sus códigos culturales y de su historia.

Al mismo tiempo, y como contracara de esa agresión, es desde esos campos donde emerge la resistencia, y se recrean y desarrollan las estrategias de supervivencia y de acción política. Al apelar a su identidad histórico-cultural colectiva desde una perspectiva totalizadora que abarca lo social, lo económico y lo cultural, los sectores populares afirman su voluntad de luchar, combatiendo esta realidad de dependencia y opresión e intentando forjar proyectos alternativos.

Los conceptos de “tribu” y “raza” aparecieron con el colonialismo y fueron dos de las representaciones con las cuales las potencias coloniales enmascararon el pasado

“La nación que emergió del cambio de las pampas producido en la última parte del siglo XIX y de la amalgama en las ciudades costeras era sin embargo un país dividido e indeciso. (...) La Argentina, ¿qué era? ¿Era la élite educada y progresista que administraba la nación como su patrimonio desde el recinto del Congreso o de la Bolsa o mientras tomaba un brandy de sobremesa en el Jockey Club, el Club del Progreso o el Círculo de Armas? ¿O era la floreciente clase media de los europeos de segunda generación tan conspicua como almaceneros, empleados de oficina, gerentes y capataces en las ciudades costeras? ¿O era el indio que trabajaba en las plantaciones de caña de azúcar en Tucumán o en los quebrachales del Chaco, el mediero italiano en su rancho de las pampas, el pastor irlandés en la Patagonia o el peón de estancia en Buenos Aires? ¿O era el proletariado urbano, esa masa en rápida expansión y con aspiraciones crecientes que vivía en los puertos, el cocinero mestizo de Santiago del Estero, el trabajador vasco del matadero o del frigorífico, el portero de Galicia o el vendedor ambulante italiano? No puede resultar extraño que después de un siglo de independencia los argentinos aún estaban buscando una identidad, que los complejos de superioridad e inferioridad asaltaban alternativamente a los altaneros porteños y que la nación presentaba todos los matices de prosperidad y pobreza, progreso y reacción, erudición y analfabetismo.” La certera percepción de J. Scobie —en un texto ya clásico—⁶ sobre la línea de demarcación social que mediaba para la definición de una identidad argentina en el Centenario podría retomarse hoy, en momentos en que la apertura indiscriminada al mercado mundial, la reprimarización de la economía, la convertibilidad y el desmantelamiento de la intervención estatal, preconizadas de manera virtualmente irrestricta tras el derrumbe de los “países del Este” en nombre de la “globalización”, parecieran retrotraer al país a los momentos más acabados de su inserción como país dependiente en el sistema imperialista mundial en su momento inaugural.

Efectivamente, el cierre del proceso de constitución del Estado argentino en 1880 abrió al mismo tiempo el campo para la cristalización de un concepto de la identidad nacional fuertemente excluyente que se impuso finalmente, no sin resistencia, sobre el conjunto de la sociedad y del que no siempre da cuenta cabal la polarización “liberalismo-nacionalismo” o “totalitarismo-democracia”.⁷

No existía una “nación hispanoamericana” previa a la independencia de España de las diferentes regiones del continente, ni lo era el extenso territorio colocado bajo la jurisdicción del Río de la Plata, del cual se desprendería con posterioridad la República Argentina. La hegemonía de los terratenientes y grandes comerciantes criollos en la revolución de independencia, a principios del siglo XIX, frustró largo tiempo la construcción de la nación, al mantener la dispersión económico-social interna, y trajo aparejadas, entre otras consecuencias, muchas décadas de divisiones y guerras civiles en cuyo transcurso se diluyeron la vida y las expectativas democráticas de indios, negros, gauchos y otros sectores populares, dilapidadas en disputas cuyo centro estuvo, por años, en el problema del puerto único y la Aduana en manos de Buenos Aires y el exclusivismo ganadero de los grandes terratenientes. La derrota de propuestas sobre la unidad de las provincias como las planteadas por el correntino P. Ferré hacia la década de 1830 —en las que subyace la concepción romántica de nación de la época— tuvo como base la fragilidad económico-social de los sectores que hubieran podido sostenerla. “No existía un grupo nacional portador que pudiese representar la idea de la nación a nivel sobrerregional”.⁸ Y en tal sentido el fracaso de la propuesta de Ferré de una verdadera unión confederal pospuesta por la firma del Pacto Federal en 1831, fue análogo al de los anteriores proyectos federales de Moreno o de Artigas, donde la nación aparecía entendida como una comunidad primordialmente política, asentada en un concepto de ciudadanía relativamente amplio o en el de la “patria americana”. Ambos conceptos variarían hacia la década de 1820: el de “ciudadano”, para ir adoptando crecientemente un sentido restrictivo, elitista; y el de “patria”, para asimilarse a la defensa de intere-



Eduardo Iglesias Brickles. *Sheffield after Exocet*. 4/5/82. Pintura 1997.



Semana trágica 1919. Enfrentamientos entre los huelguistas y la policía en la ciudad de Buenos Aires

ses provinciales especiales, siendo en tal sentido rápidamente incorporado por la élite bonaerense para defender sus privilegios, entendidos como intereses “naturales”.⁹ El término “provinciano” pasaría así a ser aplicado en Buenos Aires en la década siguiente —como se encarga de resaltar Ferré— “a todo aquel natural de nuestra República que no ha nacido en Buenos Aires, que no da a esta ciudad el título de la gran capital y que se opone a que lo sea. De poco tiempo a esta parte he observado que los naturales de Buenos Aires se llaman exclusivamente argentinos”.¹⁰

El concepto de “unidad” nacional pudo entonces abrirse paso en la medida en que una élite ganadera poderosa asentada en el monopolio restrictivo de la tierra y orientada hacia la expansión de sus recursos llegó a la conclusión de que esto sólo era viable en el marco de una organización “nacional” de la región. Y la naturaleza social de esa élite ayuda también a comprender las frustraciones de los proyectos de inmigración, colonización e industrialización “modernizadores” que diferentes sectores de la élite —como los englobados en la denominada “generación del 37”— creyeron posible realizar bajo su dirección.

En ese sentido, la Guerra contra el Paraguay, las expediciones punitivas al Interior que aniquilaron las últimas resistencias federales al mitrismo y el exterminio de los indios de la Patagonia y del Chaco, constituyen la secuencia no sólo de la culminación del proceso de unificación del escenario político y económico que tendrá por último acto la federalización de Buenos Aires, sino también, y fundamental-

mente, del proceso de exclusión social señalado que, concluidas las luchas por la independencia, fue prescindiendo del negro y sólo reservó a los gauchos e indios que sobrevivieran la condición de peón semiservil en las estancias.

Asentada en la preservación del latifundio, que posibilitaba el vínculo con una burguesía internacional en expansión, y en la concentración del poder político en manos de los terratenientes y grandes comerciantes intermediarios, se constituyó en 1880 la república oligárquica, aristocratizante y liberal. La inmediatez de su “éxito” —al menos medido en términos del engrandecimiento económico y político de esa élite— fue inverso a la restricción de las posibilidades mediatas de un pueblo en el que ahora coexistían nativos e inmigrantes, marginados como “gringos”, identificados socialmente como los “guarangos”, término acuñado —en el lenguaje de Ramos Mejía (llamado el “padre de la psiquiatría argentina”)— para significar lo vulgar, chabacano, ignorante, en suma, lo inmejorable de la Argentina.¹¹



Eduardo Iglesias Brickles. Pintura 1997

Su legitimación requirió la elaboración de un mensaje que reorganizara el pasado, utilizado no sólo como herencia sino fundamentalmente como aval. Porque si en algo fue lúcido el roquismo fue en el reconocimiento de que para validar su etapa y su perfil necesitaba reconocer las otras y conectarlas de manera edificante con la propia. “Desde el Río Negro, cuatrocientos años de historia nos contemplan.” Pero ese discurso —homogéneo en su concepción cosmopolita, europeizante y racista—, impuesto a través de los múltiples resortes del Estado, que procuró en su movimiento englobador producir un único enunciado canónico y ejemplar, borrando o atenuando los rastros no deseados o urticantes del pasado y disimulando las disputas sectoriales o coyunturales de la élite, debió apelar, paradójicamente, para ello al ejercicio permanente del doble mensaje, reforzando la fragmentación de nuestra identidad.¹²

Pocas veces se mostró un país con la sensación de creer más en sí mismo que en el Centenario. La predestinación a la grandeza, la creencia en el “crisol de razas”, la exaltación del terruño. Sin embargo, todas esas postulaciones arrastraban potencialmente un elemento peligroso, la xenofobia, y exacerbaban una serie de tensiones condicionadas en el período anterior, exhibiendo la contracara del programa liberal y el punto de partida de su escepticismo posterior, producto de la verificación de sus imposibilidades y conflictos. Límite que podemos ver paradójicamente expresado, entre otros, en los resquemores de Joaquín V. González —uno de los representantes más lúcidos del roquismo, innovador frente a lo “tra-



Inmigrantes resistiendo la "Ley de Residencia"

La naturaleza de la elite, asentada en el monopolio de la tierra, ayuda a comprender el fracaso de los proyectos de colonización e industrialización que ciertos sectores creyeron posible realizar bajo la dirección de esa misma elite

dicional"— sobre "la irrupción informe y turbia de todo género de ideas, utopías y credos filosóficos, económicos y políticos que no sólo tienden a destruir y borrar los últimos vestigios de la educación tradicional hispano-argentina, sino que llenando los vacíos de ésta, se han infiltrado en la conciencia de la multitud de las grandes ciudades", en una inversión implícita de la dicotomía de Sarmiento acerca de lo tradicional y lo ciudadano.¹³ Siempre se encontró el motivo para que indios, negros, gauchos y "gringos" se despreciaran entre sí. El doble mensaje fue resignificado cada vez que los sectores dominantes temieron por sus proyectos en marcha. Y el fingido elogio al inmigrante, alabado en los textos escolares, no pudo ocultar el desprecio verdadero en los considerandos de la Ley de Residencia.¹⁴

La distorsión del federalismo, la escasa integración social nacional, la dependencia externa, operadas con el consentimiento y la cooperación de la oligarquía argentina, no podían dejar de crear resentimientos en sectores desplazados o antiguos de la élite, en quienes se propició la xenofobia, constituyendo una de las variantes del "nacionalismo". Pero además, el nacionalismo emergió de la crisis reveladora de una estructura social en la que se habían alterado las viejas relaciones entre sociedad rural y urbana, lo que podía apreciarse a través de la urbanización, el

ascenso del proletariado y las nuevas clases medias y el proceso de industrialización, asumiendo, fundamentalmente, otras formas de reacción política y cultural contra las restricciones de la oligarquía y la dependencia exterior.¹⁵

Culminado el apogeo de la oligarquía, vendría el yrigoyenismo, y ya Ortega y Gasset formularía "la esencia de la inseguridad argentina". Y este germen pesimista, ahondado tras la crisis de 1930, tendría proyecciones que alcanzarían hasta "el hombre que está solo y espera" de Scalabrini Ortiz, o los personajes de Roberto Arlt o el Martínez Estrada de *Radiografía de la Pampa*.¹⁶

Y si bien es cierto que el pasaje del "modelo" agroexportador al de la industrialización sustitutiva de importaciones fue más el resultado de la renovada adaptación —en otro nivel— de las clases dirigentes a los cambios mundiales de entonces que imposición de algún sector del campo popular, también es cierto que la sociedad se modificó de una manera indeseable para los intereses de esa oligarquía, posibilitando el desarrollo de nuevas corrientes políticas, económicas y sociales de las cuales el peronismo resultó expresión paradigmática.¹⁷

Las migraciones internas de las décadas del 30, 40 y posteriores promovieron la interrelación constante de los "cabezas negras" (de ascendencia mayoritariamente indígena o hispano-indígena) con la

población de las grandes ciudades (criolla y de extranjeros —fundamentalmente españoles e italianos— y sus descendientes), generándose una dinámica interna que —sumada al aporte de la inmigración de los países limítrofes con la más reciente del sudeste asiático; la persistencia de comunidades aborígenes que rescatan formas de vida tradicionales; la existencia de “núcleos cerrados” de colonias extranjeras en distintos puntos del país (como los galeses en el sur)— autorizaría a hablar de la heterogeneidad y movilidad de una cultura en la Argentina, la conciencia de cuya existencia crece, a la vez que es principalmente obturada —no sin ambigüedades y contradicciones— por la posición de un modelo homogeneizador permanentemente reciclado, asentado en estereotipos y prejuicios, cuya función consiste en racionalizar la imagen de los sectores dominantes acerca de lo que ellos suponen es el “carácter nacional”. ■

Notas

1. Un desarrollo más completo del tema puede hallarse en los diversos artículos de “La invasión globalizadora”, LA MAREA, año III, N° 7, agosto-octubre. 1996.

2. Esto es extensamente analizado en la importante obra del recordado Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización. Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos* (1968), CEAL, Buenos Aires, 1985.

3. Cfr. Williams, R., *Marxismo y literatura*, Barcelona, 1982.

4. La cuestión de la legitimidad como “invento” o “imaginación” —apegada a una concepción estatista de la nación—, enfatizando lo arbitrario y relativizando la constancia de los elementos que en el curso del tiempo proporcionan también el material sobre el que se formula y reformula una identidad histórico cultural, puede hallarse en Anderson, B., *Comunidades imaginadas*, México, 1984 y Hobsbawm-Ranger, *The invention of tradition*, Nueva York, 1992.

5. Valiosos aportes desde esta perspectiva pueden hallarse en Devalle, S. (comp.), *La diversidad prohibida, resistencia étnica y poder de Estado*, México, 1989.

6. Scobie, J., “Una revolución agrícola en la Ar-

gentina”, en *Desarrollo económico*, Buenos Aires, 1963.

7. La fuerte tendencia a la exclusión en la historia política y cultural argentina es resaltada en la reciente obra de N. Shumway, *The invention of Argentina*, California, 1991.

8. Riekenberg, M., “El concepto de la nación en la región del Plata”, en *Entre pasados*, Buenos Aires, 1993.

9. “Los federalistas quieren en grande lo que los demócratas jacobinos en pequeño. El perezoso quiere tener iguales riquezas que el hombre industrioso, el que no sabe leer optar a los mismos empleos que los que se han formado estudiando, el vicioso disfrutar el mismo aprecio que los hombres honrados y hasta el de cierta estatura, que no se eleva más sobre la tierra que el que la tiene mayor, una perfecta igualdad.” Este comentario, extraído de un editorial de *La Gaceta* del 15 de diciembre de 1819, ilustra el criterio hegemónico exclusivista de la oligarquía bonaerense, aún no finalizada la guerra por la independencia.

10. Salazar, Roberto, *El brigadier Ferré y el unitarismo porteño*, Buenos Aires, 1965. Para una discusión más amplia del tema ver Chiamonte, J.C., *Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810*, BIHAA, Buenos Aires, 1989 y *Mercaderes del Litoral. Economía y sociedad en la provincia de Corrientes*, Buenos Aires, 1991. También Riekenberg, M., op. cit.

11. “Pero es notorio que mantenemos innecesariamente dos causas de producir desorden: a) el latifundio que por ahora abarata la producción, pero no es fórmula de democracia; b) el derecho que la ley acuerda a los propietarios de explotar sus campos con entera abstracción de las necesidades de la colectividad, (...)”, (en alusión a la precaria situación de los arrendatarios). Alvarez, J., *Las guerras civiles argentinas* (1912), Buenos Aires, 1966.

12. Viñas, D., *Indio, ejército y frontera*, Buenos Aires, 1982. Ofrece un lúcido análisis de los afluentes de la concepción del roquismo.

13. Joaquín V. González, *El juicio del siglo* (1910), Buenos Aires, 1979, pág. 118.

14. En 1902, el Congreso argentino aprobó la Ley 4.144, llamada “de residencia”, que autorizaba al Poder Ejecutivo a expulsar del país, en el plazo de tres días y sin necesidad de proceso legal, a “todo extranjero cuya conducta comprometiera la seguridad nacional o turbara el orden político”.

15. Rama, C., *Nacionalismo e historiografía en América Latina*, Madrid, 1981.

16. Un análisis de los diferentes discursos sobre la americanidad y la argentinidad y su relación con la sustentación social del poder puede hallarse en Biagini, H., *Filosofía americana e identidad, el conflic-*

tivo caso argentino, Buenos Aires, 1989.

17. La crisis del esquema tradicional, los límites de la industrialización que lo sustituyó y su incidencia en la evaluación de los diferentes “nacionalismos” de la época aparece sugerentemente planteada en Ciafardini, H., “La Argentina en el mercado mundial contemporáneo”, en *Inflación, desindustrialización y crisis en la Argentina dependiente*, Editorial Agora Buenos Aires, 1990.

Jorge H. Carrizo es docente universitario.

Primera Escuela Privada de Psicología Social

fundada por el Dr. E. Pichón-Rivière - Directora: Ana P. Quiroga

Estudie en la escuela que fundó E. Pichón-Rivière, con el respaldo de 30 años de experiencia

Comunicación ● Grupos ● Instituciones ● Organización comunitaria

En 1997: dos opciones

Carrera de Psicología Social. Corresponde a la formación con la modalidad que venimos desarrollando desde hace 30 años. Duración 5 años. Una vez por semana.

Técnico Superior en análisis e intervención en los campos Grupal, Institucional y Comunitario. Título oficial. Nivel terciario. Título intermedio: 3 años. Duración 5 años. Dos veces por semana y un taller semanal.

Inscripción: 24 de noviembre 997 - Capital Federal - Tels. 957-1907 / 931-0200